

Nuevos habitantes en la ciudad de México

Laura Cortés Gutiérrez*

Nuevos habitantes están viviendo en nuestra ciudad. No se trata de extranjeros venidos de lejos ni de pobladores emigrantes de las zonas rurales. Se trata de nosotros mismos, actuales víctimas del padecer cotidiano de la magna urbe, actuales privilegiados de disfrutar la diversidad que nos ofrece. Sí, estos habitantes somos nosotros, ¿cómo es que somos nuevos siendo los mismos?

A mediados del siglo pasado...

Cuando el arquitecto Mario Pani proyectó la Ciudad Satélite, presenciábamos una propuesta moderna de solución al crecimiento desbordado de la capital

que generaba una enorme demanda de vivienda y de equipamiento urbano. Desarrollar un área ubicada entonces fuera del límite de la ciudad fue una idea de vanguardia. Satélite resultó ser una urbanización tan atractiva que rápidamente se pobló y repobló las zonas aledañas, causando muy pronto un conflicto vial en el único acceso: el Periférico norte. La ciudad de entonces ya significaba un reto para arquitectos, urbanistas, planeadores y pensadores dedicados a la difícil tarea de encontrar soluciones y proponer proyectos para el crecimiento tan acelerado de la urbe. En ese tiempo la ciudad se densifica y aumenta su límite externo día a día. Era ésta la ciudad resultado de la segunda revolu-



*Alumna de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación, de la ESIA Tecamachalco.
laurajinich@hotmail.com

Una ciudad que cambia y modifica a sus habitantes. Fotos: Tonatiuh Santiago Pablo.



Grandes edificios y anuncios panorámicos, la urbe del siglo XXI.

ción urbana moderna, en la cual se observa el desarrollo industrial del país, el auge de la economía nacional, el dominio de una burguesía representante de los intereses del capital, la llegada de las empresas transnacionales, así como también el crecimiento de las zonas marginales que se establecen en la periferia, invadiendo, sobre todo, la parte norte y oriente del Distrito Federal.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, el centro y las colonias próximas aceleran su transformación con edificios nuevos de mayor altura que se erigen en terrenos desocupados parcial o totalmente, o bien se demuelen para dar paso a la nueva imagen de la modernidad: concreto armado, acero, grandes ventanales, elevadores, vitrinas, escaparates llamativos y anuncios luminosos. Nuevos fraccionamientos se construyen aumentando la mancha urbana hasta lograr que la ciudad se asiente en su mayor parte en el Estado de México traspasando los límites de la administración pública del Distrito Federal. Paralelo al desarrollo se observa el subdesarrollo característico de Latinoamérica, los llamados cinturones de miseria carecen de servicios, documentos que acrediten la tenencia de la tierra y medios para lograr un asentamiento digno y saludable. Los grandes principios del urbanismo moderno redactados en Europa intentan orientar el desenvolvimiento de las ciudades dentro de un marco de planificación y de orden. La

ciudad de México no escapa a la influencia de la Carta de Atenas que Le Corbusier y otros urbanistas proponen. Mario Pani y los arquitectos mexicanos se dan a la tarea de diseñar la nueva ciudad que los capitalinos requieren, esos habitantes deseosos de aprovechar las oportunidades que la gran concentración, tanto de capital económico como de población, ofrece.

La ciudad de México, en la década de los 50, es entonces una oportunidad para sus habitantes. Su urbanización representa la posibilidad de ingresar a la vida moderna. La población capitalina, de tres millones de personas, tenía una rutina de vida predecible, su ruta trabajo-casa-trabajo se desenvolvía en las calles y avenidas propias de la ciudad. Algunas vías heredadas eran estrechas, otras amplias y accesibles, unas con camellones verdes, otras rápidas. Pronto, los automóviles y camiones van saturando las vialidades, el ambiente se contamina y se vislumbran los famosos «embotellamientos» y las largas esperas para abordar el colectivo. Los habitantes esperamos, esperamos leyendo el periódico, fumando en cualquier parte, integrándonos de manera individual, pacientes, al flujo urbano que va incrementándose.

Como en un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos en el ahora. Durante el parpadeo, inauguramos el Metro, recordamos con coraje Tlatelolco, lloramos con dolor los inevitables 19 y 20 de sep-



El movimiento continuo y acelerado de los ciudadanos que recorren grandes distancias para laborar o divertirse.

tiembre de 1985 y nuestra ciudad es otra y nosotros somos otros siendo los mismos.

En este movimiento continuo...

Permite vislumbrar la tercera revolución urbana moderna, como lo apunta el urbanista francés, François Ascher Ascher, nuestra sociedad se ha tornado todavía más individualizada, más diferenciada. Del capitalismo industrial se ha pasado al capitalismo del conocimiento cognitivo, de la información y de la comunicación. La industria pasa a un segundo plano; en el primero se encuentra el desarrollo de las telecomunicaciones. La ciudad que, en la segunda revolución urbana, ya había adquirido mayor movilidad con la luz, el teléfono, el tranvía y los elevadores, adquiere ahora mayor movimiento. El movimiento continuo es la característica central de nuestra ciudad al igual que muchas otras ciudades del mundo globalizado. La movilidad contempla dos vertientes, nuestra ciudad se convierte en dos ciudades: una que se vive a pie y otra en vehículo.

Históricamente, al diseñar y plantear la ciudad, se ha dado mayor preferencia a la circulación de los individuos en coche que a la de los individuos caminando. La mayoría de los habitantes de esta ciudad somos peatones y también pasajeros de vehículos, ya sean colectivos, Metro, automóviles o bicicletas; son pocos los que se mueven sólo a pie o únicamente en coche. La movilidad ha alcan-

zado a saturar a dos de los tres niveles de la ciudad: la superficial y el subterráneo. Se disminuye cada vez más la posibilidad de ensanchar las calles y avenidas, medida que se adoptó para crear los ejes viales en la década de los 70, en detrimento de varias edificaciones que se expropiaron y demolieron para dar paso al flujo creciente de automóviles. Las redes del Metro continúan creciendo, pero, ¿hasta dónde puede aguantar nuestro subsuelo?

Los transportes en el nivel aéreo aparecen como vínculo entre nuestro aeropuerto y los de otras ciudades, en número ínfimo para los contados habitantes que se trasladan en helicóptero de su casa al trabajo, y en las películas y literatura ficticia. Cuando sufrimos la circulación intensa de coches en avenidas, circuitos y anillo periférico, así como la densidad en su máxima expresión del Metro, nos imaginamos a nuestra ciudad con vías elevadas, segundos, terceros y cuartos pisos, transportes aéreos locales, tanto individuales como colectivos, en fin, un paisaje futurista que corresponda al presente siglo, que alivie las molestias, las pérdidas de tiempo, los empujones y restregones, y que abra paso a la posibilidad de desplazarnos cómoda y rápidamente, derecho que, sentimos, debe poseer cualquier ciudadano.

Los transportes son estratégicos para permitir el movimiento continuo y acelerado que hemos venido desatando desde mediados del siglo pasado y que estamos incrementando día a día. Somos

seres ansiosos de cubrir mayores distancias en menor tiempo, y como técnicamente esto ya es posible, los transportes son cada vez más rápidos, queremos aprovechar las ventajas del momento histórico que nos tocó vivir. Queremos dominar nuestro espacio y nuestro tiempo. Queremos construir los medios adecuados que nos permitan un movimiento ágil dentro de nuestra gran ciudad.

No tiene fundamento aquel que abogue en el presente que el capitalino no requiere trasladarse a grandes distancias ni necesita de grandes velocidades para encontrar una vida plena y feliz, que el capitalino puede contentarse con la tranquilidad que le ofrece su mundo interior, o con los servicios que le rodean a unos cuantos pasos de su casa. Cuando menos uno de los miembros de cada familia requiere desplazarse a gran distancia diariamente, ya sea para ir al trabajo, para asistir a la escuela, para comprar o para atender alguna cita social. Nos tardamos de una hora a una hora y media en promedio para desplazarnos dentro de la ciudad ya sea en auto o en Metro. Es el mismo tiempo que se requiere en cualquiera de las grandes ciudades en todo el mundo. Al igual que todos los ciudadanos de las grandes urbes, necesitamos aumentar la velocidad en las vialidades y no permitir que éstas se conviertan en estacionamientos.

El traslado cotidiano debiera representar un placer como en tiempos de antaño o como en las zonas rurales. La gran velocidad no debería impedir la comodidad ni la seguridad. Tanto para ricos como para pobres, desplazarnos dentro de la ciudad significa peligro, pérdida de tiempo e incomodidad. Sea a pie, en colectivo, Metro o automóvil; en vez de que la modernidad logre vientos de velocidad, libertad, higiene y disfrute, hemos permitido ser prisioneros de un traslado urbano que nos asfixia, minimiza y amedrenta. ¡Vaya, ni siquiera se puede presumir ya de viajar en coche último modelo como en el siglo pasado!

Urbanización generalizada en todo el mundo

Gracias a la velocidad hemos podido abarcar más espacio. Nuestra ciudad lleva un ritmo acelerado de crecimiento, al igual que las urbes de todo el mundo. La humanidad se encamina hacia un mundo de urbanización generalizada. El proceso de urbanización se está dando más rápido y con mayores dimensiones en la historia. En pocos años, la mayoría de la población del planeta vivirá en zonas urbanas. Los expertos estiman que para el 2025 la población mundial urbana alcanzará el 63 por ciento. Las zonas rurales están disminuyendo, se están despoblando con facilidad. Al parecer, la urbanización es la forma de asentamiento espacial habitual de la especie humana. Los centros urbanos no se diluyen como algunos auguraban, por el contrario, la población tiende a concentrarse en aglomera-



La humanidad se encamina hacia un mundo de urbanización generalizada.

ciones territoriales, parcialmente discontinuas, de gigantesca dimensión. El destino de la humanidad se juega en las áreas urbanas y, sobre todo, en las grandes metrópolis.

Se crece ocupando el territorio circundante y se crece aumentando la densidad de población. La densidad no es una condición homogénea, hay zonas altamente densas y zonas con menos pobladores por superficie. Las ciudades de hoy en todo el mundo tienden a esa heterogeneidad. La hetero-



El destino se juega en las grandes metrópolis.



Los límites de la urbe se alteran constantemente.

geneidad no sólo se observa en la cantidad de personas por metro o kilómetro cuadrado, también en la diversidad de pobladores que se han venido dando cita a lo largo de todo el siglo pasado, haciendo de ésta, nuestra gran capital, un mosaico de culturas venidas de toda la República.

El aumento en la extensión provoca que la mancha urbana no sea estable, en forma dinámica ésta se altera perdiendo sus límites constantemente. Ya en ningún momento podemos afirmar dónde comienza y dónde acaba la ciudad, así como alguna vez pudimos hacerlo cuando existía un límite preciso que hacía la diferencia entre estar dentro o estar fuera de la ciudad. «Nos hemos ido comiendo a nuestros vecinos», frase que expresa la absorción de los pueblos circundantes por la mancha urbana. Poblaciones y colonias que antes se diferenciaban al estar fuera y que ahora están inmersas en la gran mole defendiendo con dificultad su identidad. Tales son los casos de Coyoacán, San Ángel, Tlalpan, Tecamachalco, Xochimilco, Chalma y tantos otros. En términos de los límites del crecimiento y punto crítico, preocupación abordada sobre todo en la década de los 70, el destino ya nos alcanzó.

Se hace necesario distinguir los términos urbanización y ciudad. La urbanización se refiere a la articulación espacial continua o discontinua de población y de actividades. La ciudad implica un sistema específico de relaciones sociales, cultura e instituciones políticas de autogobierno. Los urbanistas catalanes, Jordi Borja y Manuel Castells, apuntan que las ciudades, como formas dinámicas de vida y gestión, son sólo una posibilidad, y que la humanidad podría evolucionar hacia un mundo sin ciudades, organizándonos en torno a grandes aglomeraciones difusas, diseminadas a lo largo de vías de transporte y servicios repartidos en una infraestructura discontinua. Los centros direccionales estarían conectados entre sí por comunicaciones de larga distancia y redes electrónicas. Un mundo estructurado globalmente en su centro y desestructurado localmente en múltiples periferias. Sería una fatalidad la muerte de las ciudades, aun cuando las urbes subsistieran.

En nuestra ciudad observamos ahora la complejidad de la gestión administrativa al estar conformada por distintos organismos de gobierno tanto locales como nacionales: el gobierno del Distrito Federal, sus delegaciones correspondientes, los gobiernos municipales del Estado de México, las secretarías de Estado, principalmente la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) y la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT), entidades paraestatales como el Fondo de Vivienda del ISSSTE (FOVISSSTE), el Instituto del Fondo Nacional para la Vivienda de los Trabajadores (INFONAVIT) y otros organismos descentralizados. En la base de la transformación de nuestra ciudad está la redefinición de los instrumentos de gestión.

Globalizados para bien o para mal

A fines del siglo pasado se presentó una profunda transformación histórica estructural, en su centro se halla una revolución tecnológica. El proceso de globalización de la economía y la comunicación han cambiado nuestras formas de producir, consumir, gestionar, informar y pensar. Las actividades estratégicamente dominantes están organizadas en redes globales de decisión e intercambio.

Estamos en la era de la información, ante un nuevo paradigma tecnológico y una división histórica tan importante como la revolución industrial. La revolución tecnológica actual está centrada en las tecnologías de la información, sistema difundido y aplicado en la década de los setenta. Primero, su difusión fue en la tecnología militar y en las finanzas internacionales; pasó a las fábricas industriales, se extendió por las oficinas y está llegando a nuestros hogares. Las nuevas tecnologías de la información, aún distantes del beneficio de la mayoría de la población, no son la causa de la formación

de una economía global, constituyen la infraestructura indispensable para su existencia.

Por economía global entendemos una economía en la que las actividades estratégicamente dominantes funcionan como unidad a nivel planetario en tiempo real o potencialmente real: los mercados de capitales, la tecnología, la información, la gestión de las principales empresas, la producción industrial, los servicios avanzados, los mercados a través de multinacionales, el trabajo altamente cualificado. En general, el capital es global, pero la mayor parte del trabajo es local. La nueva economía global es un sistema dinámico, expansivo, excluyente de sectores sociales, territorios y países, incluyente en lo que crea valor.

El desarrollo tecnológico no destruye el empleo, pero sí modifica profundamente sus condiciones. La revolución industrial consistió en agregar fuerza de trabajo de campesinos y artesanos para formar el sistema social de la fábrica. La actual revolución tecnológica se dirige, al contrario, hacia la individualización de las tareas y la fragmentación del proceso de trabajo, reconstituyendo la unidad del proceso mediante redes de comunicación. Subcontratación, empleo por cuenta propia y consultoría están teniendo un crecimiento vertiginoso.

Las transformaciones históricas afectan también la cultura, la comunicación y las instituciones políticas. La comunicación está organizada en torno al sistema audiovisual; digitalización de todos los mensajes que forman un hipertexto globalizado e interactivo. El Internet está todavía restringido a una élite mundial de unos treinta millones de personas. El espacio político ha sido capturado, en lo esencial, en el espacio de los medios de comunicación. Los mensajes deben generar símbolos capaces de recibir apoyo, personalidades creíbles, fiables y carismáticas. Por duro que sea aceptarlo, no son los programas políticos los que deciden la política; una buena gestión no garantiza el respaldo popular.

La nueva economía global se articula territorialmente en torno a redes de ciudades. La gestión urbana consiste en situar a cada ciudad en condiciones de afrontar la competición global para lograr el bienestar de sus ciudadanos. Competitividad de las ciudades, atracción de inversores reduciendo impuestos, aceptando salarios bajos y menor protección social. Practicada a escala general, dicha política genera una espiral descendente de condiciones de vida que deprime y empobrece todas las economías urbanas, por lo que resulta perjudicial para las empresas.

Para incrementar la productividad en el área metropolitana se requiere: infraestructura tecnológica; capacidad para generar nuevos conocimientos y aplicarlos a actividades económicas, esto implica recursos humanos adecuados proporcionados por un sistema educativo de cali-

dad, y calidad de vida que atraiga y retenga a los mejores profesionales, instituciones de investigación aplicada e incorporar en el sistema productivo de la ciudad innovaciones tecnológicas. También se necesita un sistema de gestión flexible, capacidad y autonomía de las instituciones locales para negociar la articulación de la ciudad.

Nuevas tecnologías: nuevas formas de individualizar, de sociabilizar y de diferenciar

Las nuevas tecnologías de la información nos han dotado de un equipo personal que nos ha transformado en habitantes multiterritoriales. El teléfono celular, el localizador por radio, la agenda electrónica, la computadora portátil, nos acompañan para auxiliarnos en el transporte virtual. «Los niños de hoy ya no son iguales» anuncia el espectacular de leche *Lala* al pie de la imagen de un bebé con pañal que porta un celular y un *beeper*. De esta suerte, somos más autónomos ahora, tenemos la posibilidad de transportarnos virtualmente a diversidad de sitios en los lugares más recónditos del planeta. Esta posibilidad, contrariamente a lo que pensaban algunos, lejos de disminuir el transporte físico, lo ha incrementado. Al establecer contactos con mayor facilidad y rapidez entre la población, la capacidad de relacionarnos aumenta y así podemos establecer mayores vínculos sociales de todo tipo, destacando las relaciones de trabajo. Asimismo, cuando se introdujo el teléfono, se pensó que, al poder comunicarse las personas a distancia, éstas ya no iban a necesitar viajar



La nueva economía global se articula territorialmente en torno a redes de ciudades.



Los espacios públicos ya no son tan eficaces para el encuentro.

para comunicarse, ¡oh error! El teléfono promovió mayor movilidad de individuos, que ahora podían darse cita en cosa de minutos. Las nuevas tecnologías de la información nos ofrecen la posibilidad de ser más sociables. Desde 1970, el crítico Henri Lefebvre observó que la sociedad urbana se intensifica y las relaciones sociales ganan en complejidad, multiplicándose a través de las contradicciones más dolorosas

Por otro lado, de forma aparentemente contradictoria, la adicción a la pantalla de plasma nos acerca al peligro de aislarnos de nuestros semejantes próximos y de convertirnos en seres cada vez más individuales. A los niños y adolescentes ya no se les antoja buscar vecinos para salir a jugar a la calle por estar zambullidos en la computadora. A los adultos se nos hace más cómodo enviar un *correo electrónico* a varios amigos al mismo tiempo y eliminar la necesidad de acudir a los centros de reunión para emitir un mensaje. Situación que altera nuestras relaciones sociales al disminuir el contacto humano, al eliminar el diálogo que los espacios públicos, desde siempre, han propiciado entre la enorme diversidad de personas que habitan en la ciudad. Los habitantes que se cono-

cen y los que no, tienen la magnífica oportunidad de intercambio en esos espacios, los llamados públicos, para identificarse, relacionarse, e incluso, abiertamente ignorarse. La calle, la plaza, las tiendas, los lugares de reunión y encuentro, tienen que ser más atractivos para acudir a ellos. Los ambientes urbanos, en general, necesitan tener la capacidad de motivarnos para optar por ellos en el intercambio con nuestros semejantes y acudir con regularidad a esos sitios como antaño.

Como siempre, esta libertad que nos ofrecen las nuevas tecnologías al posibilitarnos la decisión de conectarnos y desconectarnos con nuestro entorno, cercano y lejano, de manera fácil, no la tenemos todos los individuos de la ciudad. Si bien, la producción de los equipos ha avanzado para la suerte de disminuir sus costos, siempre habrá un sector amplio de la población para la cual sea poco posible equiparse. Tenemos así, dos ciudades: una, la equipada con la nueva tecnología y otra que sólo posee el televisor y la caja registradora.

Los consumidores

A la hora de la compra, no hace mucho, tan sólo unas cuantas décadas, nos gustaba asistir a los mercados y tianguis. Estos lugares ofrecían y siguen ofreciendo un intercambio cálido, cercano y humano entre marchantes y compradores, sin máquinas de por medio, bueno, últimamente ya se utilizan las calculadoras electrónicas para hacer la suma y tener mayor exactitud en la cuenta, el diálogo del regateo nos conduce a lograr una transacción que satisface plenamente las expectativas tanto del vendedor como del consumidor. Aún asistimos al mercado de la colonia, si es que hay, porque bien sabido es que éstos están tendiendo a desaparecer, esperamos el día que le toca al tianguis más cercano ponerse para acudir con nuestra lista a esa fiesta de productos descargados y recogidos ese mismo día, para adquirir y sociabilizar. Comentamos sobre los últimos acontecimientos locales, nos quejamos en público de las carencias cotidianas y de las decisiones de nuestros gobernantes, escuchamos quejas similares y disfrutamos del intercambio casual de información y de ideas. Vamos gustosos una vez cada semana a compartir el tiempo, el que transcurre y el atmosférico, so pretexto de hacer la necesaria compra.

Cada vez menos vamos al mercado y al tianguis, estos lugares siempre amenazados, están en decadencia. Abandonados, no se les presta el cuidado y la atención que merecen. En su lugar, asistimos a los centros comerciales cuya aparición se incrementa día a día. Grandes y modernos centros comerciales, con precios fijos, lujosos unos y otros no tanto, al estilo norteamericano, albergan muchas tiendas, restaurantes y lugares de diversión y esparcimiento, ya les denominamos *malls* como en Estados Unidos. Roberto Segre, teórico de la arquitectura lati-

noamericana, denomina al centro comercial como «la nueva catedral del siglo XX, representación arquitectónica de la sociedad capitalista». De reciente aparición, incluso se encuentran los llamados *outlets*, establecimientos enormes y austeros donde se pueden encontrar mercancías a muy bajo costo por ser saldos de diferentes tiendas, firmas y marcas. Ir al centro de compras quedó en el pasado, finalmente, ¿cuál centro?

El centro de la ciudad de México, anteriormente era sencillamente «el centro», el único, incomparable. Ya no es el único centro de la ciudad aunque sí sigue siendo incomparable. Como cualquier otra concentración urbana, sus funciones son: el contacto humano, el intercambio cultural, el comercial, la administración, el consumo, la participación y las fiestas populares. Sus espacios públicos permiten grandes concentraciones de población. Su arquitectura se conserva monumental y con gran fuerza simbólica a pesar de las transformaciones que ha sufrido con el paso del tiempo. Cabe recordar que en el siglo pasado se demolieron más edificios en el centro que los que sucumbieron al terremoto de 1985, además, el costo de la tierra se elevó hasta 50 veces su valor. Nuestro centro, lleno del ambulante horroroso, pero oportuno, foco de discordia, encuentro local y nacional, lo abandonamos por un tiempo, y ahora lo estamos recuperando, lo hemos sustituido con muchos otros centros que emulan sus funciones. No es un fenómeno singular que nuestra ciudad sea ahora policéntrica. A las grandes urbes de todo el mundo les está pasando algo similar. Varios centros diseminados por toda la mancha urbana, localizados de preferencia en la periferia de la ciudad, atraen a la población. ¿Hace cuánto tú que no visitas «el centro», el centro urbano original y no los otros centros, como Coyoacán, Interlomas, Satélite, Aragón, Mundo «E», etcétera?

La promoción del consumo y la ideología de la economía de mercado aparecen mediante anuncios espectaculares luminosos. La ciudad se llena de gigantescas imágenes publicitarias, cuyos modelos nos incitan a los objetos-mercancías: tome «Coca-Cola», defina su personalidad frente a la sociedad por medio de un automóvil, un cigarro o un desodorante. Los instrumentos de la psicología social están al servicio de los medios masivos de comunicación para convencernos, sugerirnos, imponernos u obligarnos subliminalmente. Nos hemos transformado en cotidianos consumidores de productos de marcas transnacionales, de la moda importada, del esteticismo. Los mensajes hacen desaparecer a la arquitectura, que se convierte en un simple soporte de los anuncios gráficos a escala urbana. La ideología de estas imágenes trata de justificarlas, a nivel cultural, como la ex-

presión de un nuevo arte popular. Esta seudocultura asociada a la mercancía y al consumo, tergiversa los contenidos y anula nuestra conciencia social.

¿Cómo abordar el grave problema del consumo de agua y energía? Basta apuntar que la muerte anunciada de nuestra ciudad por pesimistas, ¿realistas?, se lograría por la falta de abastecimiento del vital líquido, por quedar sumergidos en una inundación de aguas negras o por quedarnos inmóviles ante la insuficiencia de energía. Un tratado de estos temas así como de la forma tan indiscriminada en que nuestro consumo genera deshechos que se esparcen en viento, agua y tierra, ameritaría un estudio aparte de dimensiones correspondientes a la catástrofe presente y a la anunciada.

Ciudadanos en democracia y gobiernos locales capaces

A partir de 1997, cuando la mayoría de los habitantes de la ciudad de México votamos por primera vez en la historia moderna de la capital para elegir al jefe de gobierno del DF, ya no somos los mismos habitantes, aquellos que añoraron la ciudad tradicional. Ahora somos conscientes de que es más difícil resolver los problemas de nuestra ciudad, de la nueva economía y la nueva sociedad con las fórmulas obsoletas del pasado. Ya desde 1968, los estudiantes abrieron las puertas al cambio, al reclamar el derecho de manifestarse y vivir espacios democráticos. Los sismos de 1985 incremen-



Desde 1968 los estudiantes abrieron las puertas del cambio, al reclamar el derecho de manifestarse.

taron la participación y la conciencia ciudadana. Las transformaciones de las instituciones y los cambios de las leyes desembocaron en el deseo manifiesto por el cambio, que expresó nuestros ideales ante el caos que sentimos a finales del siglo. Buscamos esperanza en la libertad de decidir a nuestro gobierno local a través de la democracia. El proceso electoral de 1997 nos mostró como ciudadanos más participativos, más conscientes y más críticos. Ser ciudadanos es un complejo proceso cultural que redefine constantemente nuestros derechos y obligaciones. No es sólo un mero ejercicio del derecho al voto. Es preferentemente una identidad. Ser ciudadano implica el derecho de pertenecer y compartir las experiencias sociales y culturales de nuestra ciudad. La ciudadanía es una colección de derechos y obligaciones que adquirimos al pertenecer, al estar incluidos en esta gran comunidad, al habitar este espacio común. No existe una sola ciudadanía y votante, ciudadano y trabajador, ciudadano y estudiante, ciudadano y joven ciudadano y mujer... el segundo calificativo es lo que nos diferencia. Es mejor referirse, no a las ciudadanías en abstracto, sino a las prácticas de ciudadanía que efectuamos, prácticas contradictorias y conflictivas las más de las veces.

La ciudad es el espacio de la ciudadanía, pero más que nada es el producto de su ejercicio cotidiano. Es el lugar en el que como ciudadanos nos afirmamos. Tanto ciudad como ciudadanía son creaciones sociales, espacios físicos y culturales de interacción, intercambio y argumentación. Dependen de nuestra capacidad intelectual y de nuestra cultura. Están cargados de sentido y significación.

Hay otra historia, otra dinámica que se está desarrollando en reacción y contradicción al sistema de flujos globales: la afirmación de nuestra identidad como ciudadanos. Frente a la hegemonía de valores universalistas, es esencial que mantengamos nuestra identidad ciudadana y cultural a fin de estimular el sentido de pertenencia cotidiana a nuestra sociedad. La sociedad urbana tiende a reforzar nuestra identidad ciudadana que defiende nuestra autonomía frente al torbellino de procesos globales cada vez menos controlables. En sociedades más populares, como la nuestra, el riesgo de fragmentación es mayor, tendemos a romper lazos de solidaridad y de tolerancia, poniendo en cuestión la convivencia misma. Desgraciadamente ésta es la realidad de nuestra vida cotidiana. La aglomeración urbana requiere de un sistema de integración social y cultural que respete las diferencias pero establezca códigos de comunicación y respeto entre todos.

El resultado de estos procesos contradictorios, globalización y crecimiento de identidad ciudadana, es la crisis sistemática del Estado nacional. Cuanto más centralizado es un Estado, más difícil le es establecer un puente entre el sistema global y las distintas culturas y territorios que forman parte de la nación. Los gobiernos locales están emergiendo como entidades más flexibles, unidas al terreno de sus identidades. La dificultad para éstos es su dependencia administrativa y su escasa capacidad de recursos económicos.

La revolución tecnológica y el dinamismo económico que suscita, prometen prosperidad material y creatividad cultural para la humanidad. Pero el control social del desarrollo económico, su orientación en beneficio de la sociedad por parte de las instituciones públicas, sin ahogar el impulso económico de la empresa privada, es un viejo dilema. Las empresas dependen de su entorno operativo para ser competitivas. Los gobiernos locales pueden contribuir a mejorar las condiciones de producción y de competición de las empresas de las que depende el bienestar de la sociedad. Se requieren condiciones de vida satisfactorias: infraestructura tecnológica y sistema de comunicaciones adecuados, recursos humanos, sistema educativo, vivienda, servicios urbanos, salud, transporte y cultura. La producción y gestión del hábitat y de los equipamientos colectivos que están en la base social de la productividad económica son responsabilidad, fundamentalmente, de los gobiernos locales.

Cada vez es menos competencia del Estado nacional controlar y dirigir los diferentes intereses sociales que se presentan en la gran capital. Los gobiernos locales tienen menos poder y recursos que el Estado nacional; sin embargo, disponen de dos ventajas: gozan de buena capacidad de representación y legiti-



Ciudad y ciudadanía son creaciones sociales, espacios físicos y culturales de interacción.

dad con relación a sus representados y gozan de mucha más flexibilidad, adaptabilidad y capacidad de maniobra. Los instrumentos de gestión están en la base de la transformación de la ciudad. El potencial de los gobiernos locales puede desarrollarse a través de la capacitación de su personal, de la modernización tecnológica de su gestión, de la ampliación de sus recursos financieros y de sus competencias administrativas.

Sin un anclaje sólido en los ciudadanos, los gobiernos de la ciudad no tendrán la fuerza para navegar los circuitos globales. Lo local y lo global son complementarios, no antagónicos. Se requieren mecanismos políticos democratizados, descentralización administrativa, participación ciudadana y una política económica local, manteniendo un sector de empleo en torno a servicios públicos. Los gobiernos delegacionales y municipales deben abandonar su lánguida existencia de relaciones protocolarias para convertirse en redes dinámicas y activas, con máquinas administrativas permanentes y ágiles, con mentalidad empresarial, capaces de tomar iniciativas. El contrapeso político al nuevo sistema global, es la red electrónicamente articulada y políticamente articulada, así como políticamente gestionada de la ciudad al servicio de sus ciudadanos.

La ciudad continúa siendo un reto

La ciudad de México también es una ciudad dual. Esta dualidad que nos afecta a todos se da en la crisis de vivienda y servicios urbanos, en la persistente y creciente desigualdad social, en la pobreza y miseria urbana, en la reducción de importantes segmentos de la sociedad urbana a condiciones ínfimas de supervivencia y en la exclusión social. Las redes de solidaridad y los grupos religiosos son los principales mecanismos de supervivencia para algunas áreas urbanas en condiciones de higiene y hábitat más precarias, en las que vive la mayoría de la población metropolitana.

La ciudad de ahora continúa significando un reto para arquitectos, urbanistas, planeadores, servidores públicos, políticos, gobernantes y pensadores encargados de la difícil tarea de encontrar soluciones y proponer proyectos para la gran urbe. La nueva arquitectura, el nuevo urbanismo, las nuevas obras públicas y las nuevas disposiciones y reglamentos, deben proponerse lograr el bien de nuestra sociedad. Asimismo, la ciudad de México significa un reto para todos los ciudadanos que la habitamos, que la sufrimos y que la gozamos. Reclamar el derecho a la ciudad implica asumir obli-



La urbe representa un reto para quien la habitamos.

gaciones. Tenemos derecho a una vida plena, a lugares públicos de encuentro, a la movilidad ágil y rápida, al equipamiento, a la vivienda digna. Todos somos los nuevos habitantes que, siendo los mismos, poseemos ahora la capacidad de proponer, decidir y tener el control sobre nuestra propia vida. Debemos decidir si queremos ser ciudadanos, mujeres y hombres urbanos, o sólo habitantes territoriales. Si vamos a luchar por tener la ciudad que queremos o vamos a verla morir ☹

Fuentes de consulta.

Borja, Jordin y Castells, Manuel. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información.* España, Edit. Taurus, 2000.

Ascher, François. *Las ciudades hipermodernas.* Conferencia dictada el 12 de marzo de 2004 en la ESIA Tecamachalco.

Tamayo, Sergio. «Espacios ciudadanos», en **Silvia Bolos,** *Participación y espacio público.* México. Ed. Universidad de la ciudad de México. 2003.

Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad.* Barcelona, España. Ediciones Península. 4ª ed. 1978. **Segre, Roberto.** *Las estructuras ambientales de América Latina.* Siglo XXI Editores. México, 1977.

Hemerografía

Ornelas, Óscar Enrique. «Las ciudades de la tercera modernidad. El urbanismo debe ser abierto, no de pequeñas fortalezas: Ascher». Sección Cultural del periódico *El Financiero*. Jueves 18 de marzo de 2004.

«Las ciudades están vivas». Revista *Muy interesante*. Editorial Eres. Enero/diciembre de 1994.